

Demografía con fronteras

ANDREU DOMINGO
La Vanguardia 29/04/2001

El Mediterráneo tiene sabor a fractura. Desde 1989, la nueva ordenación política mundial ha suplantado la tensión casi simétrica de la polarización Oeste-Este, por la asimetría Norte-Sur, del telón de acero al telón de terciopelo, dicen. En la frontera mediterránea se instala la inquietud, las imágenes del desembarco de pateras son propagadas y recibidas con desasosiego, ahondan en el asedio.

Los aficionados a la demografía recreativa despliegan algunos argumentos, aparentemente irrefutables: los países meridionales de la Unión Europea se caracterizan por tener la fecundidad más baja del mundo. A consecuencia de ese drástico descenso de la fecundidad registrado desde mediados de los años setenta y del alargamiento de la esperanza de vida, sus poblaciones envejecen aceleradamente, a la vez que dejan de ser países migratorios para convertirse en receptores de inmigración, con un claro protagonismo de los inmigrantes procedentes de la otra orilla.

En esa otra orilla -nos alertan-, la fecundidad es altísima; la población, muy joven. La física hidráulica se impone como paradigma: la inmigración resulta un simple mecanismo regulador que confirma la teoría de los vasos comunicantes en el campo demográfico. La metáfora del "limes" acompaña la impostura: esos bárbaros innumerables que merodean la frontera amenazan nuestro crecimiento económico, la cohesión social, e incluso la seguridad internacional. Es necesario tomar medidas, replegarse. De seguir así...

Hace veinticinco años, nadie hubiera predicho la evolución demográfica de los países del sur de la Unión Europea. Las previsiones seguían apostando por una fecundidad alta, por un envejecimiento mínimo. Los pocos que se atrevieron a anticipar el final del "baby boom" se exponían a la incredulidad generalizada, aun sin contar con los efectos de la reestructuración económica y los cambios familiares. Durante los años ochenta, Europa asistió atónita a los cambios que imponía la realidad.

En lo demográfico, la hipótesis "de seguir así..." se ha demostrado una reiterativa fuente de error. En la ribera sur la fecundidad ha declinado de forma acelerada, la bomba demográfica se ha desactivado, el incremento de la instrucción, sobre todo en las jóvenes generaciones femeninas, y una previsible incorporación en la actividad extradoméstica pueden provocar un descenso aún más relevante. Mientras, en la ribera norte asistimos a una ligera recuperación de la fecundidad, que no descartamos que sea notable en los próximos años como preconiza Anna Cabré. Es cierto que el potencial migratorio seguirá siendo muy elevado debido a la estructura de la población joven en el sur, pero en ningún caso es el diferencial en la fecundidad lo que explica el movimiento migratorio (ni el sentido ni el volumen). Podemos pronosticar un aumento de la fecundidad en los países de la Unión Europea acompañado por un crecimiento de la inmigración internacional. Es notorio que la actual incapacidad del crecimiento económico en los países del norte de África para absorber a los jóvenes fruto de un pasado de muy alta fecundidad seguirá

alimentando los flujos migratorios, pero no lo es menos que el mercado de trabajo europeo seguirá requiriendo de esos flujos: en su segmentación, la actividad de los migrantes se muestra complementaria a la de los no migrantes. Es, pues, en el mercado de trabajo y en la coyuntura económica, no en la demografía, donde hay que buscar causalidades. Mientras tanto, la frontera es un espacio de complementariedades.

No temo ir desencaminado si a veinte años vista trazo un horizonte completamente irreconocible demográficamente hablando: un sur con una fecundidad baja, enfrentado a su propio envejecimiento, convertido en receptor de inmigración (añadiendo a los flujos procedentes del resto de África, los propios del retorno). Lejos de la bipolaridad catastrófica, los indicadores demográficos en el Mediterráneo pueden converger con celeridad.

ANDREU DOMINGO, subdirector del Centre d'Estudis Demogràfics